

A dark, atmospheric photograph of a newborn baby curled in a nest of straw. The lighting is low, highlighting the baby's form against the dark background. At the bottom of the frame, a surgical knife lies horizontally, its blade pointing to the left. The overall mood is somber and unsettling.

**FRAN
BARRERO**

AMURAO

La soberbia de los nonatos

Aparece el cadáver de una mujer cruelmente torturada en su vivienda; en la pared, el asesino ha escrito con sangre una cita bíblica sobre el castigo de Dios a los soberbios. El caso se complica aún más cuando la forense descubre un hecho macabro en el interior del cuerpo.

El inspector Marcos Navarro se enfrenta a un reto casi imposible: capturar a un asesino que parece ir dos pasos por delante de la policía y que está decidido a matar a una mujer cada noche.

La reportera Laura Moreno volverá a la acción, aunque esta vez tendrá que competir con una chica, Sofía Vidal, que le pondrá las cosas difíciles al contar con una forma de trabajar mucho más directa y efectiva.

Los ciudadanos de Huelva pasarán del miedo e incompreensión por la noticia a la indignación y, finalmente, a tomar las calles en una revuelta sin precedentes para exigir a la policía que capture al criminal.

Índice de contenido

MARTES

18 de diciembre

MIÉRCOLES

19 de diciembre

JUEVES

20 de diciembre

VIERNES

21 de diciembre

SÁBADO

22 de diciembre

DOMINGO

23 de diciembre

LUNES

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Puri.

«La gente que no ha sufrido en la vida suele caer
fácilmente en la soberbia».

Javier Sanz

«Dios castiga en los hijos las culpas de los padres,
porque sabe que no hay mayor dolor para los pa-
dres que el dolor de los hijos».

Jacinto Benavente

MARTES

Quizá sea la emoción y éxtasis del momento, pero he tenido la sensación de que el tiempo no había avanzado siquiera; hasta que las primeras luces del alba han entrado por la ventana, solo entonces he sido consciente de que Virginia había cumplido con creces su misión. Ahora yace entre tus brazos, mi Señor, perdonada y acogida tras expiar sus pecados. ¡Qué suerte la suya! Y pensar que solo unas horas antes aún cargaba con esa cínica sonrisa de superioridad...

Todavía no puedo quitarme de la cabeza el olor de su cabello. El champú que había usado me era familiar, pero no conseguía ni logro ahora recordar cuál. Tan cerca estuve de ella que podría haber descubierto mis intenciones, más aún cuando me acerqué y metí la nariz entre sus cabellos. ¡Lo sé, soy un estúpido! He estado a punto de arruinarlo todo. Si me hubiese descubierto allí mismo, en el ascensor de su edificio, habría tenido que cancelar el ritual. ¡Menuda forma de empezar mi cometido! Pero no pude contenerme, la emoción ante la idea de llevar a cabo lo que tanto tiempo he soñado y hemos planeado ha sido superior a mi autocontrol.

Espero que no se repita mañana. No, debo acogerme al plan y acometer cada ceremonia tal como está calculada. La emoción y excitación por el privilegio de mi tarea no pueden tomar el control. Ni siquiera cuando veo las lágrimas y oigo los gemidos, el apagado siseo del bisturí recorriendo su suave piel, la oscura sangre brotar, el fruto de la

soberbia aparecer entre mis dedos, aún moviéndose, luchando por sobrevivir...

En tu eminencia, atiéndeme por mi humildad.

Son las ocho y cuarenta y siete de la mañana cuando escribo estas líneas, hace dos horas que abandoné la casa de Virginia, tras ducharme y fregar con lejía la bañera. La imagen de mi cuerpo desnudo y cubierto por completo de sangre, frente al espejo del baño, fue tan excitante que no pude apartar la mirada durante un largo rato. No era yo, sino un ángel enviado por ti, Altísimo, para cumplir tus designios.

Para castigar el pecado de la soberbia.

18 de diciembre

¿Sería capaz de hacerlo? Ella no era estúpida, sabía que pensarlo o planificarlo siempre es más sencillo que llevarlo a cabo. El día elegido había llegado por fin y, por el momento, se mostraba mucho más calmada de lo que había imaginado. Eso era positivo, la calma es un poderoso aliado, evita cometer errores y favorece las decisiones en las que hay que improvisar.

Improvisar... mal asunto. No, esta noche debía salir todo como estaba estudiado.

Llevaba tres semanas vigilándolo, haciendo guardia cada noche, a veces frente a la puerta del edificio y otras ante el bar que frecuentaba a diario. Para lograrlo, tuvo que pedir un cambio de turno que no comprendió ni su pareja ni el resto de compañeros y jefes, pero ninguno de ellos insistió en sus motivos, por suerte. Y es que no podía demorar más el cumplimiento de la promesa que se había hecho meses atrás.

Y ahí estaba él.

Joaquín Ruiz era un animal de costumbres, nunca mejor dicho lo de animal, bastaba con ver las fotografías de su nueva novia, le había destrozado la cara y roto dos costillas; un tratamiento similar al que daba a menudo a su anterior pareja. Esperaban un hijo cuando una brutal paliza acabó con las vidas de la madre y el feto.

Joaquín Ruiz, de lunes a domingo, iba de casa al bar y del bar a casa; en el bar se gastaba casi toda la pensión por minusvalía que recibía del Estado y en casa lo esperaba una chica diez años menor, rumana y desamparada, el perfil favorito de los desechos sociales como él: chicas que no tienen quienes las protejan ni otro lugar adonde ir; sus vidas

se basan en sobrevivir día a día y esperar que la siguiente paliza no sea la definitiva.

Acababa de salir del bar, caminando con un más que dudoso equilibrio hacia su casa. Cristina lo observaba con cara de asco desde el interior del coche. «¿Cómo semejante excremento puede engatusar a una chica joven para que arruine su vida a su lado? Mírate, das asco. Eres basura, y esta noche yo seré el camión que te recoja del contenedor en el que vives».

Eran las dos de la madrugada y la calle estaba desierta, hacía frío, algún gato había maullado minutos atrás y no pasaba un coche desde hacía más de una hora. Por suerte, había dejado de llover y Cristina sentía que todo jugaba a su favor. La suerte estaba de su parte, algo muy valioso, ya que la barriada de la Navidad no era la mejor zona para estar sola a esas horas; claro que ella no tenía miedo, sabía desenvolverse bien entre los tipos con los que podría cruzarse por allí y contaba con su nueve milímetros oculta en la espalda. Lo cierto es que las máximas dificultades en su plan habían sido el buscar una excusa para patrullar sin compañero y lograr usar su coche particular sin que otros policías o el comisario lo supieran.

Había aparcado en la calle perfecta, bajo una farola fundida y desde donde podía ver la fachada del bar. Se bajó del coche con cuidado de no emitir el más mínimo ruido y se acercó a Joaquín por la espalda.

—¿Qué tal, guapo? ¿Me invitas a una copa?

Él se giró despacio, le costaba mantener el equilibrio. La observó de arriba abajo, con intriga primero y luego con deseo. Cristina no llevaba el uniforme, en su lugar vestía ropa comprada esa misma mañana: una minifalda muy corta, tacones altos y una cazadora abierta que mostraba su escote; todo de color negro para ser invisible en la noche. Joaquín babeaba mientras ella seguía manteniendo su papel, y conteniendo magistralmente las arcadas que le producía su aspecto y olor.

—Joder, qué buena estás.

—Invítame a una copa y te hago una mamada.

—¿Y si te invito después de la mamada?

—Vaya, eres un tipo listo. Está bien, tú ganas.

—Podemos ir a mi casa, está... por ahí —balbució señalando con el dedo.

—Aquí detrás hay una zona oscura, cerca del bar. Podemos ir allí y así no tenemos que subir escaleras.

—¿Cómo sabes que no vivo en un bajo o que no tengo ascensor?

«Mierda».

Los nervios, que de pronto habían aparecido sin ser invitados, no eran buenos compañeros en la misión. Cristina trató de improvisar, no tenía mucho tiempo y podría aparecer alguien por la calle. No debería ser tan difícil convencerlo estando completamente borracho.

—Aquí hay pocos edificios con ascensor y a mí no me gusta subir escaleras con estos tacones. Además, no quiero sudar, ya tengo bastante calor ahora. —Despacio, se bajó la cremallera de la cazadora unos centímetros más, mostrando su pecho desnudo casi por completo.

Él no respondió, se volvió dócil y la acompañó los cincuenta metros que los separaban de la calle donde estaba aparcado el coche de ella. Durante el corto trayecto manoseó su trasero mientras balbuceaba todo lo que pensaba hacerle.

No hubo tiempo para más arrumacos, tampoco para conversar. Cuando Joaquín se bajaba torpemente la cremallera del pantalón, Cristina lo dejó inconsciente de un puñetazo en la mandíbula. Delgado y con metro setenta de altura, fue fácil para ella meterlo en el asiento trasero del coche. No lo maniató ni amordazó, el trayecto no duraría ni diez minutos.

Mientras conducía, estuvo a punto de vomitar al pensar en la sucia mano sobándole el culo. Si no hubiera tenido la tela de la minifalda entre su piel y la del trozo de mierda

que llevaba en el asiento trasero, si hubiese intentado tocar algo más... no habría podido contenerse y le habría disparado en la cara allí mismo. Salió del barrio con las luces apagadas y conduciendo muy despacio, la calle Carretas terminaba en los límites de la ciudad: el paseo Marítimo, desierto a esas horas. Un saliente en el mismo sirvió para aparcar el coche, las dos farolas más cercanas estaban fundidas, ella misma había disparado a las bombillas la noche anterior.

Cuando Joaquín recobró el sentido, algo más de media hora después, se asustó ante la penumbra que lo invadía todo. Desde la distancia llegaba algo de luz de la ciudad, además de la débil luna creciente. La humedad, el frío, la oscuridad y el dolor de cabeza componían un cóctel que lo aterrorizó hasta hacerle temblar.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy empapado?

—Parece que se te haya pasado la borrachera de golpe. El cuerpo es sabio, ¿verdad? Es lo que tiene sentirse en peligro.

—¿Quién coño eres? ¿Qué quieres de mí?

Trató de levantarse del suelo pero seguía estando mareado y se desplomó de nuevo. Se llevó una mano a la mandíbula y escupió bastante sangre en el suelo.

—Me has roto dos dientes, pedazo de puta. Voy a...

El golpe hizo que diese con la cara contra el pegajoso barro de la marisma, pero no fue tan potente como para volver a dejarlo inconsciente. No había tiempo para esperar a que volviera a despertar, algún coche patrulla podría pasar por la zona y arruinar su plan.

—¿No reconoces el sitio? Estás muy cerca de casa, en la marisma de la ría, cerca del puente. ¿Qué más me has preguntado?

—¿Por qué me has traído aquí? No te he hecho nada.

—¿Recuerdas a tu anterior pareja?

—¿Mi anterior...? ¿A qué coño viene eso ahora?

—¿La recuerdas? —gritó ella.

—Sí. ¿Qué pasa con esa puta?

La fuerte patada le rompió dos costillas. Joaquín gruñó de dolor. Tras retorcerse unos segundos por el suelo, quedó tan rebozado en barro que parecía haber salido de una letrina atascada de mierda. Cristina esbozó una sonrisa, aquel aspecto era el que mejor definía a la escoria que tenía ante sí.

—¿Te lo pasaste bien golpeándola, puto cobarde? ¿Te lo estás pasado bien con la nueva ingenua que tienes en casa?

—¿Y a ti qué te importa? Yo no he hecho nada malo. La policía ha venido muchas veces, incluso me investigaron cuando ella murió, y no me ha condenado ningún juez.

—Es lo que tiene la justicia, que no siempre acierta.

—¿Estás loca? ¡Voy a denunciarte, hija de puta!

—¿Y cómo lo harás? —Se acercó a él y le susurró—: los muertos no pueden denunciar.

Viendo que el peligro era mayor del esperado, Joaquín trató de levantarse y golpearla, pero no logró más que otro puñetazo en la cara, luego llegó otro, y otro más, y otro, y otro... Cristina no paró hasta que sació su rabia y su frustración por no haber salvado a quien tanto la había ayudado meses atrás. Se lo debía. No lograba quitarse de la cabeza la mirada inocente y los ojos llorosos de agradecimiento de la chica, como tampoco el aspecto que tenía cuando la vio un mes después en el depósito de cadáveres. Jamás se habría imaginado a sí misma haciendo lo que estaba a punto de culminar, pero ni un atisbo de arrepentimiento cruzó por su mente. No, no iba a temblarle el pulso en el momento decisivo.

Acabó empapada en sudor y lágrimas.

Joaquín no estaba muerto, solo inconsciente y con algunas fracturas que debían ser atendidas con urgencia, pero eso no ocurriría. Cristina sacó una cuerda del bolsillo de su cazadora y ató las manos y los pies de Joaquín con un nu-

do que había visto en un video de una página web sobre *bondage*, y que había ensayado docenas de veces. En una hora subiría la marea, inundando toda la marisma en la que se encontraban. El cuerpo aparecería muerto al día siguiente, en el caso de que se enganchara con algún arbusto y alguien pasara en barca por la zona y lo viese. Lo más probable es que el río lo empujase hasta el océano y allí las corrientes lo llevaran a la costa portuguesa, donde saldría a flote tres días más tarde tras hincharse con los gases de la descomposición.

Regresó al coche caminando con dificultad por el barro, usaba unas botas de agua dos tallas mayores para despistar una posible investigación futura. Se quitó las botas y las metió en una bolsa de basura, también echó los guantes, toda la ropa y la peluca pelirroja, se vistió con su uniforme y cambió las matrículas falsas por las originales de su coche. Metió la bolsa de basura en el maletero, ya la tiraría más tarde a un contenedor en la otra punta de la ciudad. Entró en el coche, puso un disco de Barry White para tratar de calmar los nervios que aún sentía en el estómago y condujo durante veinte minutos hasta llegar al cementerio de Nuestra Señora de la Soledad.

Suspiró aliviada, todo había salido a la perfección.

Comenzaba a llover de nuevo cuando se bajó del coche en plena puerta del camposanto. Estaba cerrado, ya contaba con ello y no le importó. Desde la cancela se divisaba la zona donde se ubicaba la fosa común para quienes no tenían recursos para pagar un entierro digno: mendigos, víctimas sin identificar y demás pobres diablos que habían pasado a una vida indiscutiblemente mejor.

—Siento no haber tenido dinero para pagarte un nicho que llevase tu nombre. Al menos, puedo venir y mirarte a los ojos con la satisfacción de haber cumplido la promesa que te hice. Ese hijo de puta no volverá a pegar ni matar a ninguna mujer más.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se secó las lágrimas, aunque la lluvia, cada vez más intensa, ya le tenía empapada toda la cara.

—Solo hablamos durante unos días, pero creamos un vínculo que sigo sintiendo en mi interior, sobre todo cuando observo a mi bebé y eso me recuerda que tú nunca llegaste a conocer al tuyo, ni él tampoco pudo nacer y tener una oportunidad.

Volvió a limpiarse las lágrimas, la lluvia arreciaba.

—Quitando a la niña y a Fran, el trabajo de policía es lo más valioso que tengo en mi vida, pero no podía seguir llevando una placa que implica proteger al ciudadano mientras esa escoria seguía con vida, y haciéndole daño a otra pobre desgraciada. ¿Sabes que me ascendieron a subinspectora? Conseguí mi sueño gracias a ti, te lo debo. No me importa lo que me pase a partir de ahora, que descubran mi crimen, que me encarcelen... Creo haber hecho lo correcto, lo que este sistema imperfecto debió hacer hace años. En fin... No tengo mucho más que decirte, solo que te echo de menos y que ahora no imaginas el bienestar que me embarga. Cuídate, dondequiera que estés.

Maldita sea, quince minutos en doble fila y ya había recibido más insultos que en toda su vida, menudo malhumor llevaba el resto de conductores que pasaban por la calle. Quedaban solo unos días para las vacaciones navideñas pero, por lo que pudo apreciar Ana, aún no les había llegado el espíritu festivo a quienes madrugaban esa mañana de lluvia.

La chica había llamado a su compañera de trabajo varias veces al teléfono móvil y al fijo, pero no respondía a ninguno de los dos. Decidió salir del coche y llamarla al portero automático. Nada. Entró en el edificio, aprovechando que una vecina salía con dos niñas vestidas de uniforme,

subió en el ascensor hasta la cuarta planta y llamó con insistencia a la puerta.

¿Dónde se había metido? O... ¿le habría pasado algo?

Aquello no era lógico. Si no respondía al teléfono ni estaba en casa, ¿qué le había ocurrido a la persona más formal y puntual que conocía? Algo no iba bien y Ana comenzó a preocuparse. Dejó a un lado la imagen mental del coche en doble fila recibiendo una multa y se centró en la de su amiga y compañera del trabajo en el cuarto de baño con el cuello partido tras una caída accidental. De pronto, recordó que tenía una copia de sus llaves desde hacía un año, cuando Virginia se fue de vacaciones a la playa y necesitaba que echasen un ojo a Garfield, el gato que tenía por entonces.

¿Dónde demonios tenía esas llaves? ¡Claro, en la guantera del coche! Bajó de nuevo y suspiró aliviada al ver que no le habían puesto una multa. Buscó entre paquetes de pañuelos de papel, la documentación del coche, la ventosa de su antiguo GPS y varios chicles de diferentes sabores. ¡Por fin!

Regresó al edificio y, cuando se enfrentaba a la cerradura, se abrió de repente una puerta a su espalda. Con el susto, se le cayeron las llaves al suelo. Un chico de menos de treinta años vestido con traje y corbata la miraba sin saber muy bien el motivo de su reacción.

—¡La leche, qué susto me has dado!

—Pues lo siento —respondía con gesto inquisitivo—. ¿Se puede saber quién eres?

—Soy Ana, la compañera de trabajo de Virginia, no contesta al móvil ni al fijo, tampoco ahora a la puerta.

—No estará en casa.

—Me lo habría dicho, me toca esta semana conducir a mí. Ella nunca se olvida de esas cosas, aunque le surja un imprevisto.

—Tal vez haya sido una emergencia, quizá se encuentra mal y ha ido al hospital.